



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 2802

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 24

CONDICIONES A TOMAR

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 10 id.—La suscripción en adelantado a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

SABADO 7 DE JULIO DE 1904.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsables en Cartago: A. Loreto, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubou Montmartre, 31.

MUERTAS Y JARDINES

Gran sortido en herramental agrícola arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para vifias, leños, azadillas, saquadores de plantas, horquillas, crocks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetonas en diferentes y artisticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillones, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, muebles utilísimos y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

EN ATENAS.

Además del Erejtrón, que así se llamaba el templo de las Virgenes, existe en el Acrópolis un precioso museo de arquitectura y escultura, donde se ve que las obras de dichas bellas artes de aquella guta Atenas, son a escuadra maestra del buen gusto moderno. Tal museo no es obra de la antigüedad, sino de la actual Grecia libertada, levantada con los restos ruinosos. Hoy, el Acrópolis, es una plaza fortificada, sin servicio militar, cuyo circuito de fortificación data de cuando sirvió de ciudadela, en la guerra de la independencia de este siglo, para saquear el yugo de la dominación otomana.

Después de tres horas de visita, siempre sobre helado mármol, salí en busca de piso terroso, pues la frialdad, transmitida a los nervios, me dificultaba el caminar. Bajé, y salí del Acrópolis por una red de caminos tortuosos, aromatizados por los pinos y mirtos, que tanto se pueden recorrer a pie como en carruaje, hasta desembocar en un paseo de Ronda, que circuye el Acrópolis. Este era rodeado en

la célebre antigüedad; por la sabia Atenas; así es que, si bien las falladas NE. constituyen la Atenas moderna, las falladas SO. y demás extensión hacia el Pireo dejan formar una idea de la grandiosidad y gusto de la Atenas antigua, merced a las ruinas de que están pobladas.

Del Filopapo, colina a dos kilómetros del descenso del Acrópolis, es difícil formarse idea. Sólo se marcha sobre escombros y queda arriba no más que una pared en mármol, cuyas estatuas, ya humanas, ya equestres, denotan ser el extremo de un templo. Sus mutilaciones de cabeza, brazos y piernas y las infundadas explicaciones de los guías le ponen a uno en la incertidumbre y obscuridad.

A espaldas del Filopapo halla uno, con placer y asombro, un lugar histórico: la memorable prisión de Sócrates; aquella cárcel, donde aquel filósofo prefirió beber la cicuta antes que adorar los ídolos, apesar de no conocer el Evangelio. Y debió ser por profunda convicción la resolución por él tomada, pues dada la original construcción de aquella cárcel, no podría tener esperanza de poderse escapar. Digo de construcción original, porque siendo su forma la de una verdadera tinaja, de unos tres metros de altura, sin más luz ni abertura que la de la boca, cuasi cerrada, no podía pasarla, ni agajarla, por que tiempo, es abierta en una pequeña macinadora, cuya natural humedad y helazón debían mortificarlo de sobra.

Una de las principales ideas que me dominaban, era la de visitar el Areópago, ruinoso ó conservado que fuese. Pregunté con interés por él al guía y me dijo que allí, al O., no muy lejos, quedaba, y allí nos dirigimos. ¡Qué placer sentía yo!

El famoso Areópago que yo buscaba, era el local sagrado de los sabios, de los filósofos y de la administración de justicia. Era allí donde se abrazaba ó rechazaba un Dios, una escuela, una idea; por

esto el griego Saulo, convertido con el nombre de Pablo, en entusiasta apóstol de Cristo y su nueva escuela; iba allí para atraerse el potente contingente de aquellos doctores en pró del Evangelio; y allí acudió con un fundado motivo: habiendo visto el fanatismo de los antiguos griegos que, en virtud de su politeísmo, para todo se forjaban un Dios, para las guerras, para el amor, Venus para el amor, Marte para la guerra, Mercurio para el comercio, Caco para el robo, etc., etc., dijo, dirigiéndose a los Areopagitas ó filósofos: «he visto que, con el afán de elogios Dioses, uno de vuestros altares lo tenéis vacío, consagrado al Dios desconocido, por si dejarais alguno, apesar de los millones que adorais. Efectivamente tal descuido tuvisteis: yo vengo a predicaros este Dios desconocido, que a la vez es el único que existe.» Empezó entonces sus explicaciones. Unos ancianos, jueces y sabios creyeron, otros le suplicaron que volviese, y por tres sábados consecutivos, día de audiencia pública, discutieron y escucharon las sagradas escrituras, aceptando sus explicaciones como verdaderas el Areópago Dionisio, a quien San Pablo designó obispo de Atenas.

Este hecho estaba recordando, mientras al Areópago nos encaminábamos; me figuraba hallar a tribuna ó algo más interesante, cuando job desilusión llegados a una azida, pero plana superficie en dura piedra, después de saltar alguna zanja para situarnos en el centro, díjome el guía: «aquí existió el Areópago; aquellas zanjas recibieron sus cimientos y muros. Ni en los cimientos quedó piedra sobre piedra!»

Todo lo que por el Oeste, hasta el Pireo, fue Atenas, ha desaparecido; todo es cultivado; solo hacia el E. existen ruinas y recuerdos importantes. Regresamos, pues, hacia

tal sentido, hasta situarnos a la bajada del Acrópolis que, a juzgar por las columnas, cimientos, estatuas, los teatros de Herodes y de Baco, fuente de Eolo, templo de Júpiter, muros, mármoles y jarros, que yacían por doquier, me convencí de que el centro de la antigua Atenas rodeaba el Acrópolis, como lo va rodeando la Atenas moderna.

(Continuará.)
MODESTO MARTÍ.

TIJERETAZOS

El Sr. Gamazo quiere que haya crisis antes de las vacaciones parlamentarias. Y espera que el señor Ministro de Estado, la facilitará retirándose del Gobierno.

Y sus amigos lo repiten para que corra. Pasa, por mi parte no le pongo veto a la noticia. Corra pues.

Cuenta un periódico que el señor Conde de Paris ha felicitado a M. Casimiro Perier, por su elevación a la Presidencia de la República. ¿Con é sin reservas mentales?

He dicho al señor Sagasta que las Cortes estarán abiertas hasta que la comisión de que se trata... Para testimonio. Porque la cosa no le corre prisa a la comisión.

En Ubeda han aparecido al mismo tiempo la gripe y la fiebre. Así se concilian todo.

Y mientras la vida se muere corroída por el devastador insecto, el vinicultor parece por el microbio.

Así no se sobrevive a la propia desgracia.

En Soria se promovió estos días un tumulto popular contra un inspector de policía que trató de detener a un individuo, resultando dicho inspector herido en la cabeza por una pedrada ó un palo.

DUCHA IMPREVISTA.



El caso es igual. Porque el doctor sería el mismo. Y el atropello a la autoridad también. Dice «La Unión Mercantil» que ayer ocurrió un gran escándalo en un entrante de la calle de Barón, porque un paciente entró apoderándose de una cantidad relativamente importante de dinero. El escándalo fue mayúsculo y se ha comentado mucho, deduciéndose las graves consecuencias que apuntaban hacia pocos días. El Juzgado entiende en el suceso y pronto sabremos a que atenernos. Eso tiene todas las trazas de una cobranza de barato. Digo, me parece. La prensa le mismo a «La Unión Mercantil».

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 161

clave Acbahr, triste y sombrío, con la palidez en la frente, y el furor retratado en los ojos.

El emir, acostumbrado a leer en el semblante del africano, palideció, previendo una gran desgracia.

—¿Qué aconteces, Acbahr? le preguntó.

—El angel negro, señor posa sus alas sobre tu casa, contestó con ronca voz el esclavo; y bueno será que huyas si no te encuentras dispuesto a entregar al rey tu amigo el cristiano y la dama que has encontrado en la morada del santón.

Muza también de cólera al escuchar esta nueva.

—¡Pero quien ha podido decir al rey, exclamó, que esa mujer no sea una de mis esclavas trasladada desde el palacio de la Azubia a mi harem de la Alhambra!

—Señor, contestó el esclavo, como me ordenaste, conduje a esa dama al mirador de la torre sin ser visto de ojos vivientes; el capitán Gaston dormía en tanto sobre un diván, y las otras esclavas estaban retiradas en el harem. Apenas había esclarecido el día, y todo callaba; entonces bajé a la caballeriza y me puse a limpiar el caballo de guerra Bahríel.

—Y bien... ¿raposo con impaciencia Muza?

—Hacia un momento que estaba en la caballeriza, cuando escuché el ruido de una gualta tan distramiento que parecía haber descendido sobre tu alcázar los arcángeles del sétimo cielo.

En tanto Muza se había trasladado a su alcázar en la Alhambra (3), llevando consigo el cofrecillo de hierro que había encontrado en la cámara dorada.

Al entrar en su retrete se presentó a su vista el es-

[1] Este alcázar era un departamento del que hoy se conoce como Casa real; hace algunos años estaba en ruina, y ante él se veían casi enterados unos baños de mármol; algún tiempo después el brigadier de ingenieros señor Torrel, restauró los muros, acabó de cubrir los baños, sobre los cuales hizo un jardín, y la rodeó de una tapia de tierra, tal como se ve ahora que escribo esta leyenda.

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 157

armas de tus hijos contra el pecho de su rey y de su patria! ¿Por qué te trato así? ¿has olvidado ya mi largo abandono, mi cautividad, la de mi hijo, la sangre musulmana vertida por tu causa, el enemigo que asienta insolente sus reales en la vega alentado por las guerras civiles que tú has encendido? ¿Por qué te trato así! ¿crees engañarme con el mentido arrepentimiento de tus hijos, cuando vienes a darme el golpe de misericordia, a terminar la lucha empeñada entre nosotras de celos y celos de odio. A odio, de sangre a sangre, deshonrándome ante los ojos de mi hijo! ¿Por qué te trato así? ¡oh! ¡ven conmigo, ven!

Y arrastró furiosa, colérica, rugiente, a Zeraya, que aterrada, trémula, sonrojada se dejaba conducir por su inexorable rival, a la misma puerta por donde había desaparecido Muza.

Y así atravesaron una galería, un vestíbulo, y entraron en un retrete pequeño y oscuro.

Aixa no se detuvo hasta llegar a un diván colocado en un ángulo de él; la alomtra estaba arrullada, y levantada una de las baldosas.

—Cuenta le dijo Aix, llega a la sétima. ¡Oh! mira, está vacía; antes que tú ha llegado otra, Isabel de Solís; las pruebas de un amor desdichado a que me arrastró el abandono y la crueldad de Abon'l Hassan han desaparecido, y tú estás en mi poder.